

en sazón ya. La tierra es una hembra que ha dado a luz. Como la hostia santa, incendiando los cielos se levanta el sol del Porvenir. El azul pleno canta: es el mismo luminar sereno que alboreaba en el pálido infinito

cuando, desde las velas españolas,
se alzó el potente grito
de Rodrigo de Triana
¡y anunció la epopeya americana
entre el salvaje estruendo de las olas!

A. MARTINEZ MUTIS

Desolación

¿A quién confiaré mi pena?

El crepúsculo. Gruesos copos de nieve giran perezosamente en torno de los mecheros de gas que se acaban de encender, y se posan, formando una capa blanda y fina, sobre los tejados, sobre las grupas de los caballos, sobre los hombros y los sombreros. El cochero Iona Potapof está blanco como un fantasma. Plegado sobre sí mismo, tanto como puede plegarse un cuerpo humano, está sentado en el pescante y no hace ningún movimiento; aunque cayera sobre él todo un montón de nieve, no experimentaría, a lo que parece, la necesidad de desembarazarse de ella. Su caballejo permanece también igualmente inmóvil y blanco. Por la angulosidad de sus formas, la rigidez de sus patas, la inmovilidad, se parece, hasta de cerca, a un caballito de pan de higo de un kopek. Está evidentemente sumido en sus pensamientos. En efecto, después de haber sido arrancado a su arado, a sus paisajes habituales y grises, y de haber sido lanzado a aquel abismo lleno de fuegos monstruosos, de incesante ruido y de gentes que corren, ¡cómo no pensar en todo eso!

Hace ya mucho tiempo que Iona y su caballo no se han meneado; han salido de la cochera poco después de la comida, y no se han *estrenado* aún... Y la niebla de la noche cae sobre la ciudad. Los innumerables fuegos de los faroles reemplazan a la luz viva. La agitación bulliciosa de la calle llega a su mayor fuerza.

—Cochero, cuartel de Viborg—oye Iona de repente.

Iona se estremece y al través de sus pestañas, pegadas por la nieve, ve a

un oficial con capote y la capucha echada.

—Cuartel de Viborg—repite el oficial.—¿Estás durmiendo? ¡Cuartel de Viborg!

Iona, en signo de consentimiento, tira de las riendas, y este movimiento hace que caiga la nieve de sus hombros y de la grupa del caballo. El oficial se sienta en el trineo. Iona excita con la boca a su caballo, se inclina hacia adelante, tiende un cuello de cisne, y, más por costumbre que por necesidad, hace sonar el látigo. El caballo también alarga el cuello, dobla sus piernas rígidas, y se pone en marcha con paso indeciso.

—¿Por dónde vas, animal?—oye exclamar Iona desde los primeros pasos en la masa negra que sube y baja. ¿Por dónde diablo vas? Toma a la derecha.

El oficial se enfada.

—¿No sabes guiar?... Toma a la derecha.

Un cochero de lujo jura; un transeunte que atraviesa la calle, y a quien han rozado la espalda las narices del caballo, mira a Iona de un modo furioso, y se sacude. Iona, como si estuviera sobre alfileres se revuelve en su asiento, menea los codos a derecha e izquierda, mueve los ojos, como un hombre a quien el vapor ciega, y tiene aspecto de no comprender en dónde está ni por qué está allí.

—¡Qué imbéciles!—exclama el oficial. Se diría que se han puesto de acuerdo para ponerse delante del caballo.

Iona se vuelve hacia su parroquiano y no mueve los labios.